

# Cuento mientras suenan los cádillacs

SALVADOR BRETÓN

*Sin la esperanza de un dolor aún mayor, no podría  
soportar éste de ahora, aunque fuese infinito.  
E. M. Cioran en Silogismos de la amargura.*

*Para Jimena "media luna".*

**D**ice la tonada en *reggae*: "...espíritu que vives en mí/ deja ya de luchar contra tu destino/ cómo decirte que no/ cómo luchar con tus ojos de ángel (...) tiempo infinito y pasión/ esperando resurrección...". Construyo un sistema de pesas y medidas para percibir tu transcurrir físico en mí hasta este corte de caja. Cambio de idea y tomo el teléfono, busco una voz amable. Estoy cierto de que familia y amigos siguen siendo un bien del entorno, de repente me vienen a visitar, traen regalitos.

Y así, por lapsos, no me advierto solo, en situación de abandono. De fábula.

¿Por qué llevé el flagelo desamoroso hasta el daño irreversible?

Sólo porque hay instantes en los que es menester. Uno se advierte mortal, invadido por hábitos de pérdida, de oscuridad absoluta. Orfandad, habitante habitado por el vacío, al menos. Supe que podría seguir escribiendo.

El rodar de ideas no cede ante tal perspectiva, como sí muchas de mis cabezas, de las tantas que me habitan –un día decidieron ponerse a conversar entre sí, porque cada una tiene su muy propia voz y opinión–. ¡Ay de ese mí que está joaquiñabinescamente así sin tí! Levanto la copa coñaquera a medio servir y de un trago la dejo seca; en su curvatura evoco la redondez de frutos amoldados a mi mano, senos tuyos donde veo un reflejo mío en nuestra reconstrucción improbable. Porque no niego lo intruso de tu carne y huesos en concurrencia–concupiscencia pergeñados por ficción, por molicie, tibias ambas embebido yo y ahora en este alcohol de procedencia más que dudosa... pronto comenzarán a contarse en más de tres años los meses que no has estado conmigo.

El güisqui de marca me guiña un ojo. Lo ignoro. Otro trago, más, hasta ser incapaz de distinguir en el monitor el blanco del papel, el negro de sus letras, el marco azul en mí, estado de ánimo, reflejo. Pequeñas manchas blancas lo invaden todo... La nieve se extiende fuera de la pantalla hasta cerrar cualquier ángulo de visión. Va de la ausencia de color al plata, luego a un gris acerado, me voy haciendo insensible a la luz por mis retinas... ya casi predomina el negro y repaso mentalmente donde me hallo y en derredor. Me carcajeo, estoy más que ebrio, isoy un ebrio desahuciado!

El tacto, el oído, el habla y la memoria se agudizan. ¡Me crispo y agarro un libro al azar y lo estampo en mi cabeza, luego otro, tomo tomos de enciclopedias y de la botella segunda hasta agotarla! ¡Hasta vaciar un estante, hasta convencerme de que sólo así sabré si algo nuevo logra cabida en mí o si, a la larga, algo del ser resuena en el papel!

Con la pérdida de un sentido, un residuo de las cosas recupera la sangre, mi sangre... la huelo. Busco la cama, tropiezo, caigo, imagino contra lo que me he golpeado esta vez.

Dios... ¿¿por qué te conocí?! ¿¿Por qué me quedé ciego!? 🐱



# Cuentos

DÁMASO MURÚA

## Soñar

**E**h, tú, joven, has untado otras ropas a tu cuerpo. Ropaschillantes, de resplandores increíbles, como arcoiris multiplicado.

Sueñas dormido y despierto con panteras negras.

Actúas con la velocidad del leopardo, y como el león de Hemingway, el que bajaba a las playas a pasear.

Quieres cobrarte todas las derrotas que has sufrido ante los viejos, los que te entregaron un mundo de filosofía caduca, de regias morales de aldea.

Los métodos de la violencia –hasta la muerte misma– los conoces al mínimo detalle. Y ningún alcohol hace mella en tu garganta como en tu inteligencia.

La adolescencia se te presenta, como nunca, dolorosa. El remolino de tus ingles inunda todos los poros de tu piel. La palabra se ha declarado impotente para orientarte. Los puños crispados son tu rosa de los vientos.

Y a pesar de tu falsa careta, eres un ingenuo de proporciones montañosas, pues no has vivido tu infancia sino en paredes insensibles, bajo vías pavimentadas, sin corazón, sin lágrimas.

Has ganado una partida: que la mujer te acompañe en este deshielo que quieres emprender desnudo, libre de explicaciones dudosas. Los viejos, en su ancestral onanismo, transitaron solos, como los homosexuales. Se pudrieron en el camino, sin la ayuda de la mujer.

Algún día llegarás adonde los ancianos no llegaron.

Muchas tumbas te preceden en caro tributo por tu felicidad futura.

Y ojalá entonces, lo cejijunto se borre de tu rostro. Ojalá.

## Computón

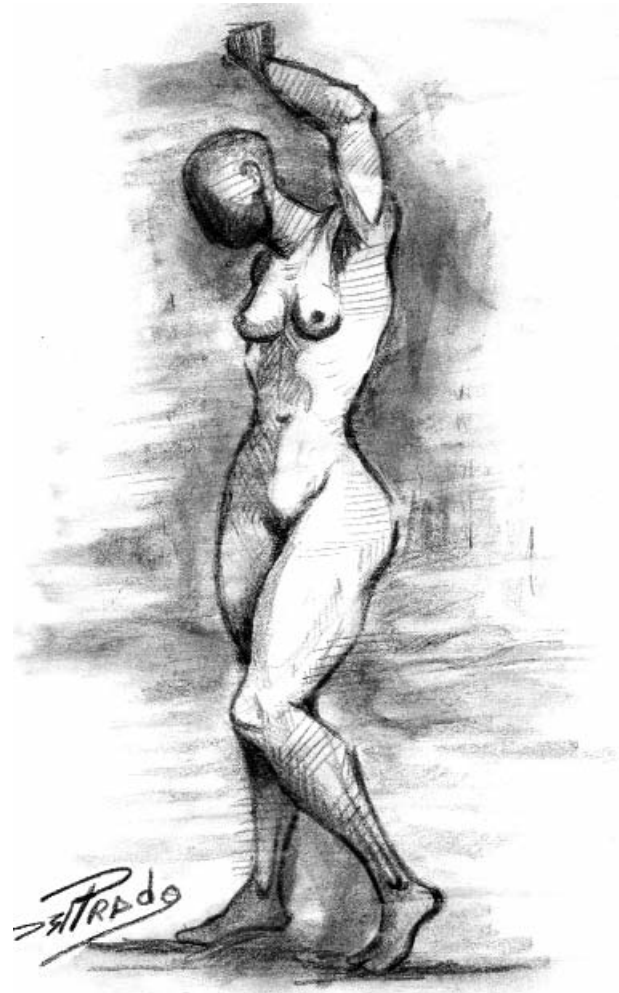
*“nunca hay que ir demasiado lejos”  
Hemingway, en El Viejo y el Mar.*

Le pagan por hacer números.

Religiosamente, quincena a quincena, le dan una bolsa de billetes por su habilidad. Una bolsa fina (de polietileno, inasible, como cuerpo de pescado no capturado), matemáticamente, le informa del precio de sus números.

Y aquel hombre —víctima y cómplice, en eterna paradoja— explota los beneficios del binomio de Newton, empleando los logaritmos y el cálculo integral, para crear máquinas que traigan consigo el hambre y la discordia entre los hombres.

Pero él es uno de ellos. 🐻



Del Prado

# El desprecio

IRIS SANTACRUZ

**L**legamos a su casa. Una de las vecinas que llamaron para informarme de la situación abrió la puerta que da a la calle. Un banco azul de plástico, lleno de excremento, con unas monedas encima, era lo primero que estaba a la vista. Recorrimos el largo pasillo que conduce a la casa. Las coladeras estaban cubiertas por tortas de lodo cuarteado por la resequedad. Al final del pasillo, otra puerta, también metálica, pintada de negro estaba abierta. Al traspasar esta segunda puerta, se apilaban bolsas de basura formando un cerro que llegaba al techo y se desparramaba ocupando casi todo el espacio de la entrada. En lo que antes fueron jardines quedaban árboles descuidados, agonizantes, marañas de ramas, el suelo cubierto de frutos podridos y hojas secas. Montones de colillas por donde uno mirara. Entraron primero las vecinas que venían acompañadas por un diputado federal del PRD. Nosotros permanecimos afuera, en el umbral y desde allí podíamos escuchar los gritos. La mujer vociferaba, con voz ronca, grave, gritaba que quería cigarros.

Los vecinos entraron primero, porque, dijeron, necesitaban aplacarla; le llevaban comida en un envase desechable, agua y dos cigarros, pero ella ordenaba una cajetilla.

Chillaba, insultaba, rugía cosas incomprensibles y por momentos lloraba. Trataban de apaciguarla, le decían que ya habían cumplido con la exigencia de llevarme ante su presencia, que yo aguardaba fuera, pero le pedían calma para que pudiera verla. No conseguían aminorar la perturbación de la mujer, los bramidos iban en aumento. Una vecina optó por salir a conseguir la cajetilla de cigarros reclamada, al pasar junto a nosotros nos explicó, casi disculpándose: Es que la dependencia del cigarro es igual al alcoholismo.

*Durante el fin de semana anterior empezó, una vez más, el acoso y la intranquilidad. Recibí un telefonema de mi hermano. Dijo: Cúdate, me llamaron diciendo que esta mujer ha mencionado nuestros nombres y están tratando de localizarnos desde la oficina de un diputado del PRD. No era la primera vez que nos perseguía y las consecuencias siempre habían resultado terribles para nosotros.*

Le entregaron la cajetilla, pero los gritos proseguían. Decidimos entrar porque era más perturbador estar afuera imaginando la escena. Dentro todo era oscuridad, la única luz penetraba por la puerta abierta y alcanzaba a iluminar sólo un pequeño perímetro. A escasos dos metros de la puerta, tirada en el suelo, sobre un pequeño colchón, como el de la cuna de un bebé, estaba aquella mujer semidesnuda, apenas cubierta por harapos, completamente rodeada

de suciedad y pilas de papeles llenos de excremento. El rostro estaba tan hinchado que un ojo lo tenía completamente cerrado, el pelo desgreñado y seboso se le pegaba al cráneo y partes de la cara. Los labios resecos, cuarteados, despegándose le sangraban. Podía verse su enorme vientre desnudo y flácido que colgaba como un viejo cuero arrugado. El hedor era insoportable, los demás visitantes permanecían a prudente distancia y quienes estaban más cerca se habían puesto tapabocas. Advirtió mi presencia, con las manos temblorosas alcanzó a prender un cigarro, no sin antes protestar porque no era la marca que ella fumaba. Tímidamente, con un miedo extraño, le explicaron que la presentación había cambiado.

*El fin de semana hice lo posible por no pensar en el asunto y aprovechando que estaba fuera de la ciudad, traté de desentenderme, pero la opresión y el miedo regresaron. Recordé su voz, sus insultos, sus amenazas, los largos monó-*

*logos incoherentes que dejaba grabados en mi contestador telefónico. Al volver, fue imposible ignorar la situación. Numerosos desconocidos, incluyendo a un diputado, empezaron a telefonar a mi casa, a mi trabajo, continuaron llamando a mi hermano y a un primo que vive en el Estado de México, enviaron correos electrónicos. El mensaje siempre era el mismo: la mujer quería verme a mí o a mi hermano, invocaba permanentemente nuestros nombres y las vecinas compadecidas se dieron a la tarea de localizarnos. Nuestra primera reacción fue rehusarnos a contestar los llamados, o si no quedaba más remedio, de la forma más cortés, explicar a las buenas samaritanas que en efecto teníamos un parentesco, pero no por ello teníamos que verla, acudir a su demencial llamado. La insistencia alcanzó extremos de acoso. Fue de tal magnitud que decidí enfrentar la situación para dar por terminada esta historia que amenazaba en convertirse de nuevo en una pesadilla.*



Ángel Mauro

En cuanto dio las primeras bocanadas de humo, se calmó visiblemente. Desde el suelo volteó hacia mí y dijo, sin dirigirse a nadie en particular, que no podía distinguirme. La luz me daba por la espalda, pero además lo hinchado de los ojos seguramente le dificultaba la visión. Me moví hacia un lado, ella volvió a verme y dijo no la reconozco. El espectáculo era espeluznante, la mugre, la mierda, el hedor, la infinita miseria en la que esta mujer se batía no tenían límite. Las manos me temblaban y para controlarme apreté mi saco contra el pecho le dije soy yo, pediste verme y aquí estoy. Ella mencionó algo en relación a que estaba orinada y zurrada, esos fueron exactamente los términos que usó, y volviendo al tema insistió en que no me reconocía: No sé si seas tú en realidad, la voz puede fingirse.

*Cansada del hostigamiento al que fui sometida por las bondadosas mujeres, preferí defender mis derechos, ante ellas, ante el diputado y ante la mujer que requería mi presencia: a no ser perturbada, a mi intimidad, a ver sólo a quien yo quisiera y, sobre todo, a la libertad de responsabilizarme sólo por quienes realmente me competen, sin imposiciones, sin amenazas. Mientras cruzaba la ciudad para, primero recoger a mi amigo y llegar a la hora acordada, a la colonia San Rafael, a un pequeño restaurante propiedad de una de las vecinas, hice memoria de las veces que había sido perseguida por esa mujer aterradora. Eran muchas. Recordé cuando me vi obligada a reunirme con ella en el Sanborns de los Azulejos. En aquella ocasión su madre me llamó, innumerables veces, llorosa me suplicó que accediera a platicar con su hija. Yo me rehusaba porque era un monstruo que se dedicaba a llamarme por teléfono para insultarme y hacer todo tipo de recriminaciones. Temiendo que se atreviera a presentarse en mi trabajo o me buscara en mi casa o, todavía peor, que dañara a mi hijo, en esa época era apenas un niño, accedí a verla. Propuse esa cafetería porque está cerca de donde yo trabajaba entonces. Cuando llegué ya estaba esperándome, a pesar de su gran tamaño y de tener, en esa época, casi cincuenta años, vestía ridículos shorts, traía una bolsa juvenil colgada en la cintura y al sentarnos sacó de ella una lata de Coca-Cola. La mesera nos dijo que no podíamos traer bebi-*

*das al restaurante; pedí un café y una Coca, pero la mujer ni siquiera la tocó y siguió bebiendo de su propia lata. Nunca supe cómo tratarla, sentía por ella una mezcla de miedo y repulsión. Empezó hablando de su difícil infancia, de su frustrada vocación de bailarina de ballet y de su también fallida carrera de cantante de ópera. Aunque temía enfadarla, porque estaba segura de que iniciaría un escándalo en el lugar, la apresuré: le expliqué que necesitaba regresar a mi oficina, que me dijera para qué quería verme. Me contó una retorcida historia que involucraba a mi madre, quien acababa de morir. Con ese tono afectado que usaba para hablar de ópera, hizo acusaciones asquerosas contra mi madre. Le pregunté cuál era su intención al contarme eso. Ella, mi mamá, ya no podía defenderse. Contestó algunas incoherencias sobre su psiquiatra. Su aspecto era ridículo y su conducta entre altanera y demencial, mi rabia iba creciendo mientras la escuchaba. Ya no pensaba en el escándalo público ni me daba miedo su locura, simplemente estaba indignada y no había razón para seguir allí. Me paré y le dije que todo era una patraña producto de su desvarío, que estaba loca y que me dejara en paz.*

Siguió dando largas chupadas al cigarro, mientras hacía esfuerzos por verme a través de unos ojos entrecerrados por la hinchazón. Con un tono de voz que de pronto dejó de ser lloriqueante o exigente, como si sostuviera una plática normal, empezó a decir que tenía numerosas notas y tarjetas en las que yo le agradecía a ella y a su madre sus atenciones. Para atajar el inicio de un infinito discurso falso, le dije que lo dudaba mucho porque nunca había tenido nada que agradecerles, pero que en todo caso explicara qué quería de mí, yo había accedido a verla solamente para dar fin a la persecución a la que fui sometida. Era el momento de aclararle las cosas delante de todas esas personas que se dieron a la tarea de localizarme, que no teníamos ningún vínculo, que no tenía ninguna obligación moral, que le recomendaba se dejara ayudar ahora que alguien le ofrecía apoyo porque nadie más lo haría. Era una especie de diálogo de sordos.

*Llegamos con anticipación al lugar de la cita, nos encontramos a varias cuerdas de distancia y caminamos un*

*poco por la zona, deteniéndonos frente a viejas construcciones que a pesar del deterioro conservan algo de su belleza original. Llegamos a San Cosme llena de gente, tráfico, ruido y olores de fritanga. Le estaba dando largas al asunto, caminando quería calmar un poco mis nervios. Él dijo, ya es hora, vamos. Nos presentamos en el pequeño restaurante, más bien una fonda de barrio, pintado de colores chillones y mesas con manteles imitando sarapes de Saltillo. Fuimos recibidos por la hija de la dueña, nos pidió que nos sentáramos en alguna mesa. Escogimos una de las que estaba sobre la banqueta. Poco a poco fueron llegando vecinas. En minutos se reunieron ocho o diez mujeres, todas mayores, hasta que aquello se convirtió en una tertulia. Se arrebataban la palabra para narrar las vicisitudes de la mujer, la enigmática desaparición de su madre, y cómo, antes de que eso ocurriera, en ocasiones escuchaban el llanto y los gritos de la anciana. Comentaron con un dejo de hipocresía: Tal vez la golpeaba o la dejaba sin comer. Confirmé la impresión que siempre tuve de que su madre le temía y que la relación entre esas dos mujeres era de odio. Nos contaron cómo empezó a vender lo que tenía en su casa para sobrevivir y cuando se quedó sin nada empezó a pedir limosna, nos dijeron que hacía mucho que le habían cortado la luz y que tampoco tenía agua, que iba diario a comer a ese restaurante, en el que la dueña, compadecida, le regalaba alimentos, a veces pedía algo a otras personas, pero si no era de su agrado insultaba y tiraba la comida, y cómo, al final, un día, después de comer, ya no pudo moverse de la silla en la que estaba sentada. La dueña esperó a que sus clientes se fueran y llamó a unos policías para que la ayudaran a cargarla, con todo y silla y la llevaron hasta su casa. Para ese entonces la dueña del restaurante ya tenía llaves de la casa y así pudieron meterla. A partir de dicha tarde le llevaban algo de comida y cigarros hasta su casa. Fue cuando empezó a demandar mi presencia.*

Siguió fumando, insistía en mi obligada gratitud hacia ella y su madre, decía que podía vender su casa, exigía, hablaba de sus pertenencias en un lugar vacío, desolado, ruinoso. Mientras la escuchaba recordé que siempre fue imperterritivo, grosera, que hablaba hasta la saciedad de sus traumas infantiles y una y otra vez reiteraba cómo por culpa de

otros había fracasado. Traté de sentir compasión por esta mujer enferma y miserable, pero sólo pude sentir desprecio. Ni siquiera odio. Simple desprecio. Además de sus males físicos, estaba delirando, pero si su deterioro físico era reciente, sus alucinaciones y majaderías eran las mismas de siempre. Sin duda siempre estuvo loca y ni sus padres ni los diferentes médicos que la trataron fueron capaces de contener su enfermedad. Sólo que su locura no era mi responsabilidad, no tenía ningún compromiso, ni el que nace del afecto o la solidaridad, ni el que se deriva de un cumplimiento legal. Pensé en ella en otro tiempo: alta, gorda, corpulenta, bebiendo refrescos de cola y fuentes de tocino grasiento, hablando tonterías; nunca trabajó, ni siquiera en alguna pequeña labor doméstica, vivía a costillas de la pensión de sus padres que ya eran unos viejos. Se vestía estrafalariamente, fumaba sin cesar, su enojo y su hostilidad eran permanentes y descargaba su rabia con sus padres, los únicos que la soportaban. Nunca tuvo amigos porque quienes la conocían terminaban evitándola. Siempre estuvo loca, pero además siempre abusó de quienes se dejaron, incluyendo ahora a esas mujeres vecinas suyas. La casa estaba completamente vacía, lo único que alcanzaba a distinguirse era basura regada por todas partes. Las vecinas se turnaban para convencerla de que se dejara trasladar a un hospital que era lo más conveniente. Pensaba en lo que deberían ser las noches de esta mujer, allí tirada, en medio de la mierda y en la más completa oscuridad y a pesar de eso incapaz de la más mínima muestra de humildad o gratitud. Alternaba los insultos con la exigencia de que me encargara de la situación. Consideré que ya era demasiado. Volví a decir que ni quería, ni podía hacerme cargo de nada y que acudí a ese sitio abominable para que todos me escucharan y entendieran que no había compromisos entre ambas; mi último comentario fue que se dejara ayudar por la gente que estaba allí, desconcertada.

Salimos lentamente, ya en la calle nos detuvimos un buen rato para respirar. Llegó una ambulancia, el diputado y algunas vecinas discutían con los camilleros a dónde debían llevarla. Empezamos a caminar hacia el auto y mi amigo me pasó un brazo por los hombros para reconfortarme. Vámonos, dijo, te invito un whisky. 🍷

10 de febrero de 2009

# Poemas

## ULISES VELÁZQUEZ

### Niña y pájaro

Cada domingo, la nostalgia  
no conoce ciudadanía alguna  
cuando la niña  
juega con los pájaros del Zócalo  
y su quedo movimiento  
se torna exageración del sol.

(Fija su mirada en una avecita,  
postergado suspiro  
al que regala una mirada.)

Mientras el día transcurre  
bajo el toral reloj de la sombra,  
su casa de aire  
se expande laboriosa  
y el pájaro  
-pañuelo de fugaz estampa-  
abre sus alas, mira a la niña  
e inevitable reanuda su vuelo,  
cuya indiscreta trayectoria  
ha revelado a sus ojos.

### Días de radio

Los días se pierden alevosos  
en el suspiro del dial,  
donde toda palabra  
se torna sueño vano  
de canciones y comerciales.

Días pasados y futuros,  
varados en una radionovela  
(quimera de *culebrón* y obra maestra),  
mientras los locutores mueren de pena  
ante la indecente *hora nacional*.

Días de navegable radio  
hacia invisibles urbes de sonido;  
recintos de tiempo  
amparados al mentido paraíso  
de una espiral infinita. 📻



Rruizte